

El tema que expongo en el presente homenaje al Dr. Tinoco no es novedoso, no obstante por a ser un tema ya tratado creo necesario el plantear algunos puntos y reflexiones sobre este campo de investigación.

Como punto de partida es necesario indicar que lo que denominamos ejército romano surge al mismo tiempo una unidad que se mantiene imperturbable en el tiempo, si en su formación, o en su organización. A este respecto podemos señalar que los estudios sobre esta materia que se han realizado hasta el presente se han centrado casi exclusivamente en el contingente legionario y además dentro del mismo no se han distinguido fases cronológicas. Esta, a mi parecer, excesiva centralización en las tropas legionarias y su estudio sin una clara distinción en lo temporal hace que perdamos una secuencia cronológica respecto al tema que nos ocupa y que no se tengan en cuenta las diferencias que en el mismo momento pudieran observarse entre las distintas unidades que integraban el ejército romano.

Imponemos pues por las legiones romanas, y como lo que nos preguntamos es hasta qué punto soldados y oficiales eran capaces de leer y escribir, será fundamental conocer quienes integraban estas unidades, ya que las variaciones en el origen y procedencia de los hombres lógicamente influyeron en gran medida en su nivel de alfabetización. Es necesario, por lo tanto, ver aunque sea de forma sucinta los grandes periodos que pueden distinguirse dentro del reclutamiento del soldado legionario.

A) Inicialmente sólo eran aceptados en el ejército los propietarios. En el último tercio del s. III o primera mitad del s. II a. C. se redujo, según Polibio VI, 19.2, el censo para servir con las armas a Roma desde 11.000 ases a 4.000; una segunda reducción parece producirse tras los Griegos, fijándose el límite en los 1.500 ases.

B) En el 107 Maso llevó a cabo la reforma en el reclutamiento, produciéndose la llamada al voluntariado y la profesionalización de la tropa, provocada por el rechazo de las clases medias al gusto por el servicio militar. La procedencia de esta

FRANCISCO JOSÉ SANCHIS MORENO

La alfabetización del ejército romano

«ESTUDIS CASTELLONENCS»
Nº 6 1994-1995, pp. 1315-1323

El tema que expongo en el presente homenaje al Dr. Trenchs no es novedoso¹, no obstante pese a ser un tema ya tratado creo necesario el plantear algunos puntos y reflexiones sobre este campo de investigación.

Como punto de partida es necesario indicar que lo que denominamos ejército romano no es ni mucho menos una unidad que se mantiene imperturbable en el tiempo, ni en su formación, ni en su organización. A este respecto podemos señalar que los estudios sobre esta materia que se han realizado hasta el presente se han centrado casi exclusivamente en el contingente legionario y además dentro del mismo no se han distinguido fases cronológicas. Esta, a mi parecer, excesiva centralización en las tropas legionarias y su estudio sin una clara distinción en lo temporal hace que perdamos una secuencia cronológica respecto al tema que nos ocupa y que no se tengan en cuenta las diferencias que en el mismo momento pudieron observarse entre los distintos cuerpos que integraban el ejército romano.

Empecemos pues por las legiones romanas, y como lo que nos preguntamos es hasta qué punto soldados y oficiales eran capaces de leer y escribir, será fundamental conocer quienes integraban estas unidades, ya que las variaciones en el *status* y procedencia de los hombres lógicamente influyeron en gran medida en su nivel de alfabetización. Es necesario, por lo tanto, ver aunque sea de forma sucinta los grandes períodos que pueden distinguirse dentro del reclutamiento del soldado legionario²:

A) Inicialmente sólo eran aceptados en el ejército los propietarios. En el último tercio del s. III o primera mitad del s. II a. C. se redujo, según Polibio VI, 19,2, el censo para servir con las armas a Roma desde 11.000 ases a 4.000; una segunda reducción parece producirse tras los Graco, fijándose el límite en los 1.500 ases.

B) En el 107 Mario llevó a cabo la reforma en el reclutamiento, produciéndose la llamada al voluntariado y la profesionalización de la tropa, provocada por el rechazo de las clases medias al gusto por el servicio militar. La procedencia de estos proletarios es discutida, pero siguiendo a E. Gabba pare-

1 Vid. BEST, E.E., *The literate Roman Soldier*, en «The Classical Journal», LXI (1966-67), pp. 122-127; CAVALLO, G., *Dal segno incompiuto al segno negato...*, en «Alfabetismo e cultura scritta», Perugia (1978), pp. 119-145.

2 HARMAND, J., *L'Armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère*, Paris (1967), pp. 11-19; MOMMSEN, Th., *Die Conscriptionordnung der römischen Kaiserzeit*, en «Hermes» XIX (1884), pp. 4 y ss.

cen proceder en su mayor parte del mundo rural, puesto que Apiano señala que «la plebe ciudadana, ligada mediante clientela a la nobleza es más amante de vivir con el cómodo medio de las *frumentationes*, que arriesgando la vida en la batalla...» (*Bell. Civ.* I,4,29-30).

C) Las leyes Iulia (90 a. C.) y Plautia Papiria suponen la concesión de la ciudadanía a los itálicos y por lo tanto un aumento del número de individuos aptos para el servicio legionario.

D) De Augusto a Vespasiano: Italia suministra los legionarios para la parte latina del Imperio. Egipto, Asia y los países danubianos los proporcionan para la oriental.

E) De Vespasiano a Adriano: disminuyen los legionarios nacidos en la Península Itálica y aumentan los procedentes de las provincias más occidentales del Imperio, mientras que África los suministra a la parte oriental del mismo.

F) Tras Adriano: cada provincia ofrece un contingente de legionarios.

Parece claro, tras esta breve periodificación del *status* y procedencia³ de la tropa legionaria, que lo que pudo ser válido para las legiones del siglo II a. C. no tiene por qué serlo para las del siglo III d. C.; esto es, cada fuente deberá ser ubicada en su contexto espacio-temporal.

Pero como ya señalé con anterioridad, el ejército romano no se reduce a las legiones, sino que incluye multitud de unidades de organización, procedencia... muy diferentes; valgan a modo de ejemplos las siguientes: cohortes pretorianas, cohortes urbanas, alas, *numeri*, *vigiles*, *nationes*, etc., las cuales presentan entre ellas, en muchas ocasiones, una enorme distancia en cuanto al grado de su romanización, puesto que por ejemplo las cohortes pretorianas han estado siempre integradas por hombres provinientes de Italia o de las provincias más romanizadas, mientras que las *nationes* poseen una romanización prácticamente nula⁴. Para hacernos una idea del peso específico que suponen lo que en general denominamos tropas auxiliares contamos con algunas citas en las fuentes clásicas, destacando:

A) Polibio VI,27,30: «el número de aliados, en total, resulta casi idéntico al de romanos».

B) Vegetio *Mil.* III,1: «se observará con exactitud que el número de auxiliares o aliados no exceda en el campamento el de los ciudadanos romanos».

Por lo tanto, las tropas auxiliares no pueden ser olvidadas en todo estudio que verse sobre el ejército romano, aunque no por ello hay que dejar de tener en cuenta que el grueso de las fuentes, y sobre todo las de tipo literario, van a referirse a las tropas legionarias.

Expuestas todas estas precisiones previas, hay que constatar que los medios básicos que poseemos para el conocimiento del grado de alfabetización dentro del ejército romano van a desglosarse en dos grandes conjuntos:

A) Todo lo relacionado con la transmisión de órdenes escritas dentro del ejército.

B) Los restantes hallazgos que se relacionan con la práctica de la escritura y la lectura entre los soldados.

En lo referente a la transmisión de órdenes o de informaciones a la tropa es obvio que la escritura no fue el único canal de difusión de las mismas, ya que en determinadas ocasiones la vía de propagación era la oral, en otras la visual y en otras la acústica. Basten unos pocos ejemplos para comprender esto: el dictar oralmente una orden o información es un hecho factible, y además el usual, cuando ésta va dirigida a un grupo relativamente pequeño, siempre y cuando las circunstancias sean las de una relativa calma, ya que cuando la confusión o el fragor aumenta esta vía de propagación resulta insuficiente; así Onosandro, *Strat.* 26, nos señala que incluso las contraseñas deben ir acompañadas de algún gesto, sea con el cuerpo o las armas, para que cuando crece la confusión los soldados no se confiaran en el santo y seña, ya que los enemigos lo podían oír y ser capaces de repetirlo. También las enseñas militares, fundamentalmente las de valor táctico, sirvieron para dar o transmitir órdenes, identificar o localizar a un grupo orgánico..., siendo quizás su más claro exponente la enseña manipular constituida por una mano metálica enarbolada en un asta que permitía dar mayor visibilidad a la transmisión de señales de mando⁵. Otro caso de trans-

3 Vid. sobre el tema FORNI, G., *Estrazione etnica e sociale dei soldati delle legioni*, en «Aufstieg und Niedergang der Römische Welt» II, Principat I, Berlin-New York (1974), pp. 339-391.

4 Vid. PASSERINI, A., *Le coorti pretorie*, Roma (1939), p. 79; Ps. Hig., *De Met.*, 43.

5 Valor táctico que contribuyó al mantenimiento de estos *signa* tras la desaparición de los manípulos.

misión visual de la información nos lo señala Polibio VI, 13 cuando nos indica que los soldados al entrar en el campamento que está levantándose conocen cada uno su lugar mediante banderas y estacas.

No obstante las señales ópticas presentaban como inconveniente el hecho de que el soldado debía estar constantemente pendiente de las enseñas, cosa que muchas veces no era posible, ya sea por el combate o por estar en las tiendas, etc., lo cual solía solucionarse con las señales acústicas. Así Polibio VI,40 nos relata cómo los toques de los instrumentos musicales marcan el levantamiento del campamento y Pseudo-Higinio nos señala las dificultades de audición de la *bucina* cuando el campamento sobrepasa unas determinadas medidas⁶.

Pasaré ahora a tratar la transmisión de órdenes escritas entre la tropa como presupuesto para poder plantear qué nivel de alfabetización existía entre las mismas, dejando a un lado a los *librarii* militares, los cuales pueden considerarse como profesionales de la escritura, puesto que ellos se encargaron de los archivos del ejército que contendrían datos concernientes al estado de la unidad y de los hombres⁷.

Las órdenes y contraseñas se escribieron en la *tessera*, la cual es definida por Polibio como tablilla de madera en las que se inscribía la contraseña. El mismo Polibio, en VI, 34-36, es una fuente fundamental a la hora de plantear el conocimiento de la lectura y escritura en el ejército de la República romana cuando nos narra la organización de las guardias en el campamento; extractando su larga descripción podemos señalar que cuatro *equites* de cada una de las dos legiones acampadas iban cada noche a la tienda del tribuno, pues a los jinetes legionarios correspondía la obligación de patrullar las guardias, entregándoseles allí las órdenes escritas y especificándose los puestos de guardia a visitar. Poco antes Polibio ha descrito cómo circulaban las contraseñas y consignas escritas: cada atardecer un hombre del manípulo de infantería y otro del de caballería más alejados de los *principia* recibe en la tienda del tribuno la contraseña escrita, retornando acto seguido a su unidad, desde donde la tablilla va circulando por todos los manípulos hasta retornar al tribuno.

¿Qué se desprende de todo lo señalado por Polibio? Por una parte parece claro que los integrantes de la caballería legionaria poseían, por lo general, conocimientos de lectura, puesto que en la detallada descripción que hace Polibio no se menciona selección alguna para esta función y tampoco hay indicios en otras fuentes que nos lleven a suponerlo⁸. Por otra parte sabemos que circula la contraseña sobre la *tessera*, pero no se dice explícitamente que los soldados la leyeran, podría ser comunicada por los centuriones a su tropa o bien podrían encargarse de ello algunos que supieran leer, uno por tienda o proporción similar. A favor de la tesis de que la mayoría de los soldados legionarios de época republicana estuvieron en posesión de una cierta capacidad de lectura, pueden esgrimirse algunos argumentos:

— Para ser legionario era preceptivo disfrutar de la ciudadanía y para gozar plenamente de ella era necesario un cierto dominio de la escritura y de la lectura, puesto que en Roma se introdujo durante los últimos cien años de la República el voto secreto, lo que sería inconcebible si los votantes fueran en su mayoría analfabetos. Este voto secreto, utilizado por numerosos ex legionarios y futuros legionarios, se realizaba sobre tablillas de cera en las que cada votante parece haber inscrito el nombre del candidato, abreviadas respuestas de aprobación, condena, rechazo o absolución⁹.

— La extracción social del legionario: G. Cavallo reconoce que la mayoría de los legionarios fueron reclutados entre familias de sólida economía de base agrícola, en las que por motivo de la administración patrimonial debía existir al menos un cierto grado de alfabetización¹⁰.

6 Vid. *De metatione castrorum* XXI. Vid. además por ejemplo sobre la *bucina* como transmisor de señales y órdenes SPEIDEL, M., *Eagle-Bearer and Trumpeter*, en «Bonner Jahrbücher» CLXXVI, 1976, pp. 153-155; MARÍN Y PEÑA, *Instituciones militares romanas*, Madrid (1967), pp. 374-390.

7 Principalmente me refiero con esta expresión a lo que denominó ROSTOVITZEFF en «Münchener Beiträge» XIX (1934), p. 367, «*acta diurna*», de las que se han conservado referencias abundantes (P. Dura 82,83,88,89; P. Mich. VII 455; P.S.I. 1307) trazados siempre con mano segura, rápida, con abundantes ligaduras y abreviaturas. Vid. FINK, R. O., *The Excavations at Dura Europos: Final Report V; Part I: The Parchements and Papyri*, New Haven, pp. 270-290.

8 Además un conocimiento suficiente de la escritura y la lectura entre la caballería legionaria de los siglos III y II a. C. parece ser lógico si tenemos en cuenta que su procedencia tiende a ser la de los ciudadanos de condición social elevada. Vid. MARÍN Y PEÑA, *op. cit.*, p. 358.

9 Vid. BEST, E. E., *Literacy and Roman Voting*, en «Historia» XXIII (1974), pp. 428-438.

10 «*Instrumentum imperii pulcherrimum ac vetustissimum*», *gli usi della cultura scritta nel mondo romano*, en «Historia di Roma», vol. II, p. 181.

— Las contraseñas u órdenes que figuran sobre la *tessera* constituyeron mensajes simples, cuya comprensión supone una limitada capacidad de lectura. Muestras de estas contraseñas nos los ofrece por ejemplo el P. Dura 89: *securitatis*, al día siguiente *Iovis Dolicheni sancti* etc. Estas contraseñas concuerdan perfectamente con las recomendaciones de Eneas Táctico, XXIV: la contraseña ha de estar formada por palabras que no se presten a confusión, evitando los conceptos que son descritos por dos términos distintos, como espada y daga, y además deben ser apropiados a la tarea a realizar, y en el papiro de Dura la contraseña de la guardia del campamento es: «seguridad».

— Las muy frecuentes menciones en las fuentes a las *tesserae*, lo que contrasta con lo poco práctico que resultaría un sistema de transmisión de información que afecta a toda la tropa y cuya aplicación depende de un muy reducido grupo de hombres. Además de los claros inconvenientes que suponen la circulación oral de la contraseña u otra orden de cara a los enemigos, tropas auxiliares asentadas en el campamento de cuya lealtad se duda, prisioneros, etc.¹¹.

Pasaré ahora a exponer otras fuentes literarias en las que se menciona la *tessera* y por tanto la orden escrita. Sobre cuando surge, Plinio el Viejo, *Nat. Hist.* VII,56,202, señala que es una invención de Palamedes durante la Guerra de Troya, lo cual independientemente de la veracidad o no del dato sí que parece indicar la antigüedad de la práctica.

El estudio de la transmisión escrita de las órdenes y contraseñas es inseparable en el campo de las fuentes epigráficas del estudio del *tesserarius*, esto es, el suboficial encargado de que la tablilla o *tessera* circule entre la tropa, cargo sobre el que caben hacer ciertas precisiones, ya que si bien el origen del mismo puede rastrearse hasta la presente descripción polibiana, como bien indicó A. von Domaszewski su origen debe situarse en el propio del ejército romano, dado que la forma de luchar y transmitir órdenes en el mismo no ha variado¹². Este suboficial ocupa el último lugar dentro de la jerarquía, contándose dentro del grupo de los suboficiales tácticos reunidos bajo la denominación de *principales*, por lo tanto el mínimo ascenso para cualquier soldado exigía unos conocimientos de escritura y lectura, aunque rudimentarios, pues ante cualquier duda o confusión sobre la orden o contraseña sería él la persona encargada de la comparación con el registro original o *tessera*.

De la antigüedad de la práctica de las comunicaciones escritas nos informa Tito Livio en diversas ocasiones:

— VII,35,1: durante las Guerras Samnitas Decio, acorralado, mandó una tablilla para que los hombres se reunieran armados al inicio de la segunda guardia de la noche. La orden escrita permitió que pudiera realizarse una asamblea, que luego conduciría a la victoria, sin que el enemigo, demasiado próximo para detectar señales de instrumentos musicales u órdenes verbales, pudiera percatarse.

— IX,32,4: en el 310 el cónsul *Aemilius* ante los movimientos de los etruscos preparatorios a la batalla, ordenó a sus hombres («*tesseram dari*») que se alimentaran y armaran. Con lo cual la orden silenciosa le permitió que sus hombres se prepararan sosegadamente, mientras los etruscos desconociendo lo que ocurría les aguardaban formados en el campo de batalla.

— XXVIII,14,7: Escipión en sus enfrentamientos con Asdrúbal en el 206 mandó a última hora de la tarde la tablilla con la orden de que al despertar el día hombres y caballos estuvieran armados y alimentados, lo cual favoreció el elemento sorpresa.

— XXVII,46,1: el cónsul M. Livio Salinator trató de sorprender a Asdrúbal recibiendo en su campamento a las tropas de C. Claudio Nerón, sin que aumentaran las dimensiones del mismo, es decir, en el espacio correspondiente a cada hombre debía alojarse otro de su misma categoría y así lo hizo saber a la tropa mediante tablillas de madera. La maniobra fue descubierta por los cartagineses cuando dos cornetas, y no una, llamaron a comer a los romanos, signo inequívoco de que se hallaban acampados dos ejércitos.

11 Vid. Onosandro, *Strat.*, XXVI; Eurípides, *Rhes.*, 573; Eneas Tact. XXIV.

12 *Die Rangordnung des römischen Heeres*, Köln, 1967, p. 3. Por su parte LAMMERT, F. en RE, *tesserarius*, sitúa el origen del cargo en el siglo III a. C.

— XXXIX,30,4: en el 185 a. C. Gayo Calpurnio y Lucio Quinto tras ser derrotados en Hispania, transmitieron órdenes mediante tablillas que les permitieron escapar.

Resumiendo, podemos señalar que para Tito Livio la *tessera* es un instrumento que marca una supremacía táctica del ejército romano sobre los restantes pueblos, ya que permite a aquellos transmitir órdenes sin que su contenido sea desvelado por el enemigo, que además, en la mayoría de los casos no detecta ni siquiera que se han dado órdenes especiales que le pudieran hacer sospechar algún movimiento romano¹³. Se podría considerar que Tito Livio aplica a épocas pretéritas lo que es habitual en el ejército de su momento, ante lo cual puede argumentarse que por Polibio tenemos constatada esta práctica en el siglo II a. C. y como señala A. von Domaszewski no se conocen noticias sobre cambios en el ejército romano en cuanto a la forma de luchar y transmitir órdenes.

Cómo no, también a Julio César se le atribuye la utilización de este «arma táctica», *Bell. Hisp.* XXXVI, 4-5, puesto que prisioneros de Munda distribuidos dentro del campamento, entre las legiones, se conjuraron para atacar a los romanos durante la noche a la vez que sus compatriotas atacaban el campamento, pero descubierto el plan se ordenó mediante tablilla que se les diera muerte, y así se hizo, sin que los prisioneros sospecharan nada hasta el último momento. Fundamental parece esta cita para comprender que el mensaje debió ser leído, más o menos, por cada soldado, pues no parece probable que el mensaje se transmitiera oralmente, ya sea de centuria en centuria, ya sea de tienda en tienda, cuando lo que se pretendía era sorprender a unos prisioneros acampados entre los legionarios¹⁴.

Dos veces cita Suetonio las órdenes por escrito y en las dos el factor común es que esta práctica es una muestra de la capacidad táctica del militar al mando y de la disciplina que ha de saber aplicar. Así Suetonio señala, en *Tib.* XVIII, 1-2, como una de las características que cualificaban a Tiberio como jefe militar el hecho de que :

«*praecepta sequentis diei omnia... per libellos daret*»

Frente a Varo, que es definido como temerario y negligente. Por su parte Galba en el 17 d. C. tras ser nombrado legado en la Germania Superior, según nos narra Suetonio, en *Galba* VI,2, hizo acallar los aplausos de los legionarios dando una orden escrita de que no sacaran las manos del capote. Referencias de que la práctica subsistió a lo largo del Imperio las encontramos en Vegetio y Amiano Marcelino, pero no vamos a extendernos aquí más en ellas, pues nada nuevo aportan a lo ya señalado¹⁵.

Recapitulando un poco todo lo expuesto hasta ahora parece claro que la *tessera*, y por tanto la orden escrita y su lectura, fue una actuación habitual en el ejército romano, hasta el punto de poderla considerar como inherente a su organización militar. Además esta práctica es considerada por las fuentes literarias como una ventaja táctica sobre el enemigo, vanagloriándose muchas veces de ello. Que la mayoría de los legionarios eran capaces de leer estos mensajes simples parece deducirse sin dificultad de la descripción dada por Polibio sobre la organización de las guardias en el campamento, del paso de César en el que se da la orden a los legionarios de acabar con los prisioneros que se hallan entre ellos sin que éstos se percaten, de la extracción social de los legionarios, al menos durante la República, y de lo ilógico que supone que la utilización de un «arma táctica», que los propios historiadores consideraron tan valiosa, descansara en la supervivencia o disponibilidad de unos pocos, lo cual a su vez se ve reforzado en el hecho de que el ascenso mínimo, *tesserarius*, implica una cierta capacidad de lectura.

Podría intuirse que en época imperial con la progresiva «provincialización» de las tropas legionarias se produciría una extensión del analfabetismo entre las mismas. Pero esta afirmación, con la que entramos de lleno en los hallazgos sobre prácticas de lectura y escritura de los soldados, carece de argumentos en las fuentes que vayan más allá de casos muy concretos, puesto que la única afirmación de

13 Silio Itálico VII, 347; XV, 475 aplica también la práctica de la *tessera* al ejército cartaginés. La veracidad del dato es muy discutible y parece una traslación de prácticas romanas, cosa frecuente como se ve en Estacio, *Theb.* X, 17; Virgilio VII,637. Lo que sí queda claro es que todos estos autores reflejan una actuación más o menos habitual en el ejército romano de su época.

14 «*Cum essent in legiones distributi*».

15 Vid. Vegetio, *Mil.* II,7; II,9; A. Marcelino XXI,5,13; XXIII, 2,2.

carácter general es la de Vegecio II, 19 en la que considera como necesario el reclutar gente capacitada en la lectura, escritura y en las cuentas para que sean los encargados de las *scholae*, lo cual no implica que la mayoría de legionarios fueran analfabetos, sino que no estaban capacitados para desempeñar puestos administrativos¹⁶. En este mismo sentido puede entenderse el papiro del siglo III en el que un militar de marina agradece a su padre la instrucción en la capacidad de leer y escribir, lo cual le permitirá avanzar en su carrera¹⁷, lo que nos conecta con un tema sobre el que todos los estudiosos están de acuerdo: los mandos, como mínimo a partir del centurión, eran alfabetos¹⁸.

En favor de que en época imperial los soldados legionarios poseyeran en su mayoría una cierta capacidad lectora y escritora puede esgrimirse, además de lo ya señalado, los denominados ostraca de Bu Njem¹⁹, cuya escritura tosca y ruda fue sin duda obra de soldados romanos de mediados del siglo III, el P. Lond. 229 que incluye el contrato de venta de un esclavo en el que el soldado muestra una escritura tosca..., además todo lo que pueda aplicarse a otras unidades del ejército romano lo es también a las legiones, que jerárquicamente son consideradas las más elevadas tras las cohortes pretorianas.

Para hablar de las restantes unidades del Imperio, que han sido consideradas, casi sistemáticamente como analfabetas, hay que remarcar que el sistema de transmisión de órdenes escritas está atestiguado, mediante la aparición del cargo de *tesserarius*, en todos los diferentes tipos de cuerpos que integraron el ejército imperial, a excepción de los *numeri*, que no deben nunca ser confundidos con la denominación más general de «auxiliares». Así encontramos *tesserarius* en: cohortes de vigiles (CIL VI 1063; 3033), cohortes urbanas (CIL XI 6350), cohortes auxiliares (CIL II 2553). A esta constatación de la misma práctica de las órdenes escritas ofrecidas por la epigrafía se suman otras muchas como son:

— Mención de un *tesserarius speculatorum* en Tácito, *Hist.*, I,25.

— Los grafiti de los barracones de los vigiles, datados en el siglo II d. C.²⁰.

— Las tablillas de Vindolanda nº 38 y 45 que son ejemplo de correspondencia entre gentes de bajo rango o *status*, como se demuestra por la utilización de términos como *contubernales*, *conlega* etc., pertenecientes a la *cohors VII Batavorum* o a la *cohors I Tungrorum*, de cuyos prefectos se han hallado también sus archivos personales, así como cartas de decuriones...²¹.

— Papiro de Dura 101: contiene una venta de tierra incluyendo, frente a la escritura rápida y elegante del texto, suscripciones toscas de un veterano, de un *cornicularius*, *optio*, *tubicinen*, *tesserarius* y un *nuntius* todos ellos pertenecientes a la *cohors XX Palmyrenorum* reclutada entre campesinos del *limes* sirio. Para R. O. Fink la aparición en el documento del término *signavi* va unido a un crecimiento de la tasa de alfabetización²².

— Papiro de Dura 75: carta dirigida a un centurión por un anónimo soldado de Antioquía, que posee una mano segura, con trazos largos, elegantes, ligaduras...

Apenas nada nos explican las fuentes literarias de las tropas auxiliares, pero hay que destacar el parágrafo 43 de Pseudo Higino en el que afirma:

«*Symmacharios et reliquas nationes quotiens per strigas distribuimus, non plus quam tripertiti esse debent nec longe abaltertrum ut viva tessera suo vocabulo citationes audiant*»

Por lo tanto según afirma Pseudo Higino, agrimensor romano de fines del siglo II y principios del siglo III, tan sólo aliados y *nationes* reciben las órdenes oralmente y en su propia lengua, dato que confirma la epigrafía, ya que de las únicas unidades que no se conocen *tesserarius* son de las *nationes*, y ello por no necesitar de dicho cargo al ser una tropa analfabeta, no contando entre sus filas tampoco

16 Por ejemplo los encargados de los archivos que aparecen en Apiano, *Bell. Civ.* III, 43.

17 Berl. Griech. Urkunde II,433.

18 Vid. Tácito, *Hist.* IV,25; Marcial XI,3; P. Hamburgo,39...

19 Vid. REBUFFAT, R. - MARICHAL, R., *Les ostraca de Bu Njem*, en «Revue d'études latines» LI (1973), pp. 281-286.

20 Cfr. REYNOLDS, B., *The Vigiles of imperial Rome*, Oxford (1926), p. 117.

21 Vid. BOWMAN, A. K.-THOMAS, J. D., *Vindolanda: the latin writing tablets*, Gloucester, 1984, pp. 49-50.

22 Vid. FINK, R. O., *op. cit.*, p. 134-140.

de *tubicinen*, *cornicinen* y *bucinator*, pues no tienen necesidad de las señales de la disciplina romana. Que las restantes unidades auxiliares contaban, como las legiones, con órdenes escritas ha quedado ya expuesto y puede añadirse aún la siguiente fórmula que aparece en las actas diurnas de Dura:

«... *quod imperatum fuerit faciemus et ad omnem tesseram parati erimus*».

Como conclusión, señalar que las fuentes de todo tipo nos indican que las órdenes en el ejército romano se transmitían, en multitud de ocasiones, por escrito, que los militares de grado y suboficiales eran alfabetos en mayor o menor medida y que muchos indicios llevan a pensar como más probable que la mayoría de soldados que componían los ejércitos de Roma poseían una cierta capacidad de lectura y escritura²³, a excepción de aliados y *nationes*.

MONTSERRAT SANMARTÍ ROSET

Les actes municipals de Tarragona (1358-1400)

23 Corresponderían a los semialfabetos definidos por PETRUCCIA, *Per la storia dell' alfabetismo e della cultura scritta: metodi-materiali-quesiti*, en «Studi Storici» XXXVIII (1978), p. 453.